

# Carta de Argentina

## La Puna de Tizón

*Leonor Fleming*

Hablar de Tizón y de su obra es hablar de la Puna. ¿Y qué es la Puna? Esa alta meseta andina, árida y fría, que comienza en la frontera noroeste de la Argentina y continúa en el altiplano boliviano, atravesada por cadenas de volcanes, con grandes salares y algunas lagunas. Pero esa es y no es la Puna de Tizón, porque la Puna de Tizón es sobre todo un espacio literario, es una creación artística.

Sin embargo, esa Puna de Tizón, esa Puna literaria, existe porque los espacios literarios no son espacios virtuales sino reales. Aunque los cartógrafos no los detectan y no están inscritos en el registro de la propiedad, tienen existencia, inciden en la realidad y la modifican. Así como un dique cambia el curso de un río, una literatura puede cambiar y, de hecho cambia, el curso de la historia, el entramado de una sociedad. Pensemos en la conocida relación entre las obras del iluminismo francés, de Voltaire, Rousseau, Montesquieu, Diderot y la Revolución Francesa.

El espacio literario tiene existencia real pero distinta a la geográfica; es una creación cultural de naturaleza artística. Así por ejemplo la Mancha, para la geografía económica española, es un paraje ventoso donde se cultivan olivos, vides y azafrán; son conocidos sus buenos quesos y sus peores vinos. Pero la Mancha que importa para la cultura universal, es el lugar donde acontecen las aventuras de Don Quijote, donde se da cuenta en lengua española del inicio de la modernidad, donde ocurre la eterna y simbólica lucha entre un orden antiguo que se resiste y la actualidad que viene a suplantarle, simbolizada en la batalla de Don Quijote –la España caballeresca y arcaica, con los molinos de viento– la nueva tecnología que inaugura una época. La eterna pugna entre un pasado que se resiste y los nuevos usos y costumbres que lo suplantán, transformando y conservando según su necesidad. En las páginas cervantinas, en su nueva forma de mirar el mundo, lo que en literatura significa una revolución en la forma de narrar, ocurre la modernidad.

Si nos situamos más cerca, en las letras hispanoamericanas, Macondo, otro reconocible espacio literario, es el símbolo acabado del espacio ame-

ricano, el espacio fundacional. En América donde se da «la apoteosis de la tierra» –según expresión de Martínez Estrada–, es esa América del magma original –«donde las cosas carecían de nombre y había que señalarlas con el dedo»– se funda Macondo, la aldea feliz, la concreción de la utopía, la igualdad y la justicia –cada uno de los fundadores recibe una parcela de tierra de iguales dimensiones y todas dan al río de aguas diáfanas–. Luego llegarán los gitanos con sus inventos y las noticias del afuera; la curiosidad, la pasión por el conocimiento abre la aldea mítica al mundo exterior. En ese comercio, en ese intercambio, entra el tiempo histórico, la prosperidad y la injusticia, las guerras y la violencia sin fin que finalmente borrarán a Macondo de la faz de la tierra.

Y ¿qué es entonces la Puna de Tizón? Él mismo lo dice en uno de los ensayos de *Tierras de frontera*: «La puna, el desierto lunar, cálido y frío más que un lugar geográfico es una experiencia» (p. 179). El espacio literario puede basarse en la geografía, incluir sus topónimos y los rasgos de su paisaje y de su gente, pero es más amplio y ubicuo. Leyendo a Tizón podemos conocer la Puna sin haber pisado nunca Jujuy. Y conocemos algo más: conocemos que arraigo y destierro son dos caras de lo mismo y son, quizá, la condición humana. En sus libros aparecen Casabindo, Rinconada, Cochinoca, Salinas Grandes, con los mismos nombres de la cartografía regional. Pero está además Ramayoc, un pueblo fantasma que levita, inhallable en el mapa local.

La Puna como dimensión de la experiencia: esta es la clave de la obra de Tizón. La experiencia de una tierra de frontera, de un mundo marginado a «Un costado de los rieles», o a un costado de la historia, un mundo frágil, en retirada, de «gente pobre y sin envidias», acostumbrada al «sinremedio y la forzocidad». Un lugar «con más casas que gente» y con una población fantasmal de hombres ensimismados o de muertos. Un pueblo con valores más antiguos y firmes, de gente arraigada que quiere quedarse pero a la que la pobreza y la falta de trabajo obligan a emigrar.

El crítico español Valeriano Bozal subraya la importancia de la mirada en el arte contemporáneo, consciente del hecho capital que supone en arte «el acto de fijar la vista». Tizón fija la vista en ese mundo que se apaga y es toda una opinión. Porque, como lo dijo hace poco (en la apertura de la 29ª Feria del Libro de Buenos Aires) –«un escritor no puede ser un bello pájaro ciego que canta para cualquiera, sino tan sólo un hombre libre que escribe». Ese rincón provinciano frágil e indolente, incapaz de competir y prosperar, soñoliento y retrógrado, tiene quizá algo que ofrecer, que no es quietismo sino disidencia: un antimodelo, otros valores, una resistencia pasiva, aún sin proponérselo, al consumismo, la frivolidad, la falta de sustancia

y de principios de nuestra sociedad. Tizón se alinea con los escritores del inconformismo presentando, paradójicamente, un mundo quieto y resignado. No ofrece soluciones; sólo con «fijar la vista», con elegir ese espacio que es una experiencia, interroga, subvierte. Mira desde el margen, desde esa tierra des-centrada, «Tierras de frontera» y la sola mirada (el punto de vista del que narra) cuestiona ciertos éxitos dudosos de lo supuestamente central. Tizón lo escribió en una de sus libretas privadas cuando se define: «soy un antimetropolitano».

Si Macondo es el espacio simbólico de la fundación en América y de su fabulosa confusión, quizá la Puna de Tizón sea la metáfora de esa «Luz de las crueles provincias» que da título a una de sus novelas; «crueles provincias» del mundo que son la sociedad actual, de ese país global y también del nuestro que, como escribe Tizón, «no atina a saber dónde están los propios y los ajenos, el alba, la oscuridad». Siguiendo con sus títulos, la Puna es quizá ese «Extraño y pálido fulgor» que llama la atención sobre algunos valores y conductas que, con arrogancia e insensatez, han sido abandonados por nuestra modernidad, o por esta pretendida posmodernidad; conductas como la austeridad, la decencia, el pudor, la verdad. Esta obra «fija la vista» sobre el saber estar de unos personajes, supuestamente perdedores que, en nuestros días, «prefieren la honra a la prosperidad».

Esta es la Puna que Héctor Tizón conoce e inventa y que impone a la realidad. Es la Puna que crea Tizón desde su experiencia de arraigo y trans-tierra, con toda la sabiduría narrativa de su talento y su largo oficio de escritor.



Una calle de Arequipa.